

Máximo Maneiro Vázquez

S.

a.

máximo maneiro vázquez

S
a

19071

L. 219.658

S. H. 66241 6198711

PROLOGO

Solitario, modesta, laboriosa, austeramente, Máximo C. Maneiro Vázquez ha ido erigiendo entre nosotros una obra literaria que, a esta altura, ya mereco por cierto, sea fijada en ella la atención colectiva.

Siéndome Maneiro intelectual y personalmente desconocido, entré en contacto con su actividad en 1950, cuando tuve que apreciar Gleba, la del río, novela sometida al Jurado de Remuneraciones Literarias del Ministerio de Instrucción Pública, y que resultó premiada por unanimidad. Me sorprendió el ignorar a un escritor de nuestro medio cuyas excelencias rompían los ojos. El afrontaba en Gleba, la del río un tema que, además de muy sugestivo, no ha sido frecuentado entre nosotros: el del ambiente y los seres que viven en poblaciones borderas de nuestros ríos interiores. (¿Pero, acaso, no son tales todos los del Uruguay? ¿Pero es que a esa tan ancha extensión de agua, al Plata, le podemos llamar río?)

Y aquel tema, digo, y aquellas criaturas están tratados en tal forma, que se tiene siempre la sensación de enfrentarse a una realidad viva, casi documental, sin que en ningún momento se disipe durante la lectura —he aquí una hazaña— la sensación de arte.

Un verdadero hormigueo de personajes hace difícilísimo el manejar la narración sin tornarla confusa. Sin embargo, Maneiro la cumple con conmovedora, con admirable —¿a qué vacilar en la aplicación del término?—, con

admirable destreza. Y se permite el lujo, además, de vincular esos personajes a sus cosas características y al ambiente que les pertenece, sin eludir el cúmulo de problemas que ello presenta, no contentándose con dejarlos como colgados altamente en el aire, semejantes a vacíos esquemas humanos, lo que es harto frecuente, y no sólo aquí.

Algunas escenas, por lo complejo de la forma contrapuntística en que están realizadas, constituyen ejemplos de cómo se plantean y se resuelven arduos, muy arduos modos de componer —a veces exigidos sine qua non por el tema—, y cómo se llega a poder ostentar las palmas de la victoria a los ojos de aquellos lectores para quienes el arte de leer es, como quería Claudel, "un acto grave". Y agregando nuevos elementos a esa entre nosotros insólita orquestación, finuras de relampagueante ironía, finuras psicológicas, finuras de observación del mundo natural: así, una tierna sonrisa asoma acá y allá como bichito de luz; secretas pulsaciones del corazón humano hácese sensibles, de pronto, desde un gesto, desde una mirada, desde una palabra, apenas; todo un caudal de cosas, de costumbres, de usos bien diferentes de los de la ciudad y del campo, surgen con vivísima nitidez, sin que en momento alguno, perdidos los estribos el artista por cariño al asunto o por ostentar galas de conocedor, haga su aparición el afán enumerativo. Al principio calificué de austero a Maneiro. Este es uno de los testimonios de mi afirmación.

Para servir eficientemente a tan amplia proyección de sus propósitos creadores, Maneiro dispone de una lengua excepcionalmente rica y expresiva. En tal sentido, un estudio del que éste no es lugar, permitiría evidenciar cosas realmente bellas.

Después de Gleba, la del río, Maneiro publica *El despertar de "Mamá Petrona"*, también premiada en el Concurso de Remuneraciones Literarias del Ministerio de Instrucción Pública. Presenta esta novela un cambio radical en la técnica. En ningún momento emplea ahora los procedimien-

tos complicados —apasionantes para un escritor— de los que tan airoso sale Maneiro en su obra anterior. Hay un ahorro deliberado de recursos. En cambio, las figuras permanecen más sostenidamente ante el lector y, por ende, la penetración psicológica se hace más aguda. Asimismo, la inmensa ternura de Maneiro se fija más de lleno sobre el protagonista.

Con *El despertar de "Mamá Petrona"* torna Maneiro a exteriorizar un ambiente, el que tampoco nuestra narrativa ha frecuentado. Es el de los pequeños villorrios donde resulta imposible separar lo ciudadano de lo campesino, tan íntimamente confundidos se hallan.

En lo que no hay diferencia es en la aplicación de esa facultad de Maneiro, de mantener permanentemente en jaque la atención del lector con el delicado despliegue de una imaginación creadora verdaderamente excepcional.

Hoy, Maneiro entrega a la consideración pública "*S. A.*" su tercer novela. Fuera de apuntar las diferencias consecuentes de un nuevo cambio en sus procedimientos de composición —más próximos a los de *El despertar de "Mamá Petrona"* que a los de *Gleba, la del río*—, cabe decir a su respecto que actúan en ella todas las virtudes esenciales que he ido señalando, aunque, tal vez, créese advertir que se halla escrito con menos morosidad y con más pasión, con nobilísima, eso sí, pasión social. (Pero no hay que olvidar —máxime entre nosotros— aquello de Bracque: "Amo la regla que corrige la emoción".)

La determinación del momento histórico, en cierto modo vaga para las otras novelas, aquí se precisa concretamente. Estamos en un ayer, apenas, y, rotundamente en nuestro hoy. Desde el seno de una sociedad que contiene corrompidos a sectores importantes, a los decisivos en la vida nacional, aflora el mundo de los negocios, de los negociados, del contrabando, inconcebiblemente organizado éste entre nosotros por fuerzas poderosas. Su protagonista, lenta e inexorablemente acorralado hasta llegar a ser, no sólo invisible

victimario de innumerables a quienes jamás conocerá, sino también víctima de sí mismo en lo que débilmente, pero puro, existió en su corazón; su protagonista, digo, deja también a través de las vicisitudes de la trama, el dolor y el asco de Maneiro; de éste, como lo calificué al principio, solitario, modesto, laborioso, austero escritor nuestro todavía sin el reconocimiento general que merece.

Con el libro en sus manos, el lector no necesita que yo, en menciones ineludiblemente sumarias, mariposee sobre las páginas de "S. A.". Sólo me resta decirle cuán patrióticamente feliz me sentiría si al terminarlo, aceptara que ha estado ante un excelente novelista y, si no las conoce, se apresure a leer *Gleba, la del río* (mi preferida) y *El despertar de "Mama Petrona"*.

FRANCISCO ESPINOLA

Maxeiro Vázquez, Máximo E.
1912 - (Uruguay)

Este libro se terminó de imprimir en
los Talleres Gráficos EL SIGLO ILUS-
TRADO S. A. de la ciudad de Monte-
video (Uruguay), calle Yí, 1276 el día

27 de octubre de 1971.